

son útiles, son un proemio de la Religion, son finalmente disolubles aun en el órden natural; y esta es una de las verdades que presenta el análisis de nuestra inteligencia. Ha enlazado Dios tan estrechamente la certeza *moral* con la *metafisica*, para que la incredulidad no tenga excusa en negarse á las propuestas de una revelacion, que lejos de perjudicarla, la confirma en sus derechos. En la *demonstracion evangelica* del señor Huet, puede vmd. ver largamente tocado este punto con la erudicion que él acostumbra; y con esto no canso mas, que para la primera harto hemos revuelto. Páselo vmd. bien, déjese de tertulias, y mande á su afectísimo de corazon. F. L. Z.

## CARTA II.

*Contra malum bonum est, et contra mortem vita : sic, et contra virum justum peccator. Et sic intueri in omnia opera Altissimi. Duo et duo, et unum contra unum.*

*Ecclesiast., xxxiii, 15.*

Muy señor mio y estimadísimo amigo : hay cierta clase de enfermedades en las que, al llegar la terminacion, el enfermo piensa tocar ya los umbrales de la eternidad, mientras el médico se rie de verle tan apurado en el momento crítico de su salud. Y vea vmd. puntualmente lo que pasó por mí al recibir su apreciable de..... del corriente. ¿Con que tan mal humorado le puso mi descripcion del escepticismo actual en que nos hallamos?... ¿Con que sin saber donde fijar el pié, ni como desvanecer tantos enredos, ó combatir caprichos tan duros de pelar, se cree perdido y sin mas recurso que cruzar los brazos, y abandonar á cada uno á su sentir? ¿Con que está todo perdido y no tiene remedio? ¿Y qué dirá vmd. cuando aun los que le propuse en mi anterior, los vea hoy desaparecer, y ponerse de peor calidad que los pasados? Si ha de ir consiguiente, debe ponerse á los últimos, aburrirse, desconsolarse, ponerse en visperas de perder el seso, etc..... Pues ello no tiene recurso; con

que cerrar los ojos, tragar el emético, sufrir la revolucion de los humores, el sudor frio, dar cuatro arcadas en que parezca salen de cuajo las entrañas, y vaya por el amor de Dios; que si se ha de arrancar la causa de la enfermedad, así ha de ser, y no hay otro camino.

Quedaría imperfecta la obra, si en este *préambulo* de nuestras doctrinas posteriores no entráramos la tiente hasta lo mas profundo de la llaga que tratamos de curar. Una Religion enviada de lo alto, para remediar tantos males, como decíamos en la anterior, alcanzada nada menos que á costa de la sangre de todo un Dios, revestida de la eficacia de sus méritos, y de la omnipotencia de su gracia, parece que de derecho pedia una marcha mas triunfante y gloriosa. Presentarse y vencer, hablar y hacer enmudecer todas las sectas, abrir sus labios y vencer hasta no permitir ni aun el resuello á sus contrarios, debía ser todo uno. Una vez establecida, no debía encerrar en su recinto dudas, ignorancias, sectas, pasiones, *circulos angostos*, preocupaciones, con todas las demás tramoyas que tan pésima hacen la ocupacion de los filósofos. En una palabra, el escepticismo no debía tener entrada en una region de luz y de tranquilidad perpetua. Hé aquí, amigo mio, el concepto que una piedad hólgazana se forma desde luego : concepto que, puesto en paralelo con la historia de diez y nueve siglos, ha hecho mas herejes é impíos que todos los sofismas juntos. Hay una luz sobrenatural entre los hombres, que debe enmendar la plana á la filosofía, terminar nuestras disputas, y dirigir nuestros conocimientos en materias religiosas. Pero ¿esta luz estará expuesta á la epidemia de los *circulos angostos*? ¿No habrá aquí *tifus* que temer?..... ¿No? Lea vmd. la historia del arianismo, novacionismo, pelagianismo, luteranismo, etc.; y vuelva á darme la respuesta. Si no quiere cansarse tanto con leer despacio las idas y venidas, las vueltas y revueltas del duende jansenístico, puede como en compendio ver cuanto hay en la materia; y hallará por conclusion, que el que tiene menos razon, ese enreda mejor el lenguaje de ella, y aplica con mas sal sus apodos al contrario, ni mas ni menos que aquella mala hembra del juicio de Salomon aplicaba su niño muerto á la otra, y decia que era suyo

el vivo; llamaba embustera á la que decía verdad, y hacia tan perfectamente el papel, que solo la sabiduría de aquel rey pudo sacar la verdad de tanto enredo. Pues aquí de Dios con estos apuros, amigo mio. Disputamos en materias religiosas: ¿quién decide? — La razon, la luz natural, dice un filósofo, y con él no pocos en nuestros dias. — Pero vamos claros, Señor mio; ó admite vmd. la *existencia de verdades sobrenaturales*, y de luces tan sobrenaturales como el objeto que dan á conocer, ó no las admite. ¿No las admite?.... Pues deje el nombre de cristiano: sálgase del teatro de la teología, en que actualmente disputamos, y retírese al cuartel de la metafísica, ó vuelva al catecumenado, donde le oiremos despacio sobre una materia que no es ahora del caso. ¿Es vmd. cristiano y admite una revelacion? Pues ¿cómo no se avergüenza de apelar á la razon con la voz y dictámen mas irracional que puede oirse? ¿Qué ley ó razon hay para erigir en juez al ignorante, al súbdito; á una luz que confiesa ser inferior al objeto con los mismos lábios con que la declara juez supremo de lo que no puede alcanzar?.... Es pues no solo impío, sino irracional, quien llamándose cristiano, avoca al tribunal de la razon las cuestiones religiosas de que tratamos. El cristiano tiene un obsequio racional, pero no reconoce por juez á la razon. — La Escritura, dicen el católico y el hereje. — Pero vamos con tiento, señores, separemos lo precioso de lo vil. Y ante todas cosas, ¿dónde está esa señora? ¿Quién examina los poderes y pasaportes á tantos libros como dicen vienen del Cielo? Porque si yo saco uno que lo reviente al contrario, y viéndose apurado, dice que no es Escritura, me dejará con un palmo de narices. Y como al que quiere negar, y mas en materia de critica, nunca le faltan pretextos, tendremos una salida de cajón. Interin le prueba vmd. que es sagrado el libro, se burla él del texto, y en resumidas cuentas, será sagrado lo que autorice su modo de pensar, y sacrilego lo que no sienta con él, aunque sea mas *canónico* y *divino* que las dos tablas de Moisés. Con que quedemos de acuerdo en este punto, si no queremos andar á voces y á capotazos en todas las disputas. — ¿Dónde está la Escritura, repito? ¿Quién tiene la regla para discer-

nir los libros sagrados de los que no lo son? ¿Quién los aprueba? La razon no alcanza: dejarlo al arbitrio ó entendederas de cada uno, es poner en sus manos un medio seguro de eludir las dificultades, y burlarse del contrario. Esto en cuanto á la discrecion y aprobacion de ellos, que en cuanto á la interpretacion.... ya vmds. ven.... — Demos por desvanecido el tropiezo anterior: sépase cuales son los libros verdaderos, y convengamos en ello. ¿Quién los interpreta? No hay hereje que no cite los mismos textos que el católico. El negar la autenticidad y canonicidad de los libros, es una treta casi privativa del luteranismo y sus hijos, y aun estos los reconocen casi todos y los citan. Pero ¿qué tenemos? Cada uno tira de la capa para sí, y deja al aire al contrario. Sí, señor, dice, el libro es divino, pero no dice lo que vmd. Yo que he estudiado el hebreo, sé lo que dice el original; vmd. sigue la traduccion y oye al traductor en vez de Dios. — Esta es otra, con que el que no sepa el hebreo, punto en boca, y fuera del corro.... Pero, señor, y estudiando una lengua muerta, escasa de raíces, que no tuvo vocales, y ahora tiene nada menos que tres juegos de ellas; cuyos verbos tienen la friolera de siete voces cada uno, y tantos irregulares, que apenas hay modo de apurarlos; desenmarañar tanto acento con tan distintos usos, analizar en una voz tantos pegotes de proposiciones, afixos, etc., tener á mano tantas y tan frecuentes figuras.... ¿Le parece á vmd. que es un grano de anís? Si el que resume, viéndome arrostrar por todo esto, es un poco ladino, y me salta con que el *carácter rabínico* expresa el texto de otro modo.... con que el *antiguo samaritano* decía como á él le viene á cuento; con que el caldeo en que se escribió primeramente el libro lee de la misma suerte; con que el *targum* ó el *onchelos*, ó la calabaza frita, le favorece: ¿le parece á vmd. es solucion para evacuada é impugnada á la vista, en medio de una disputa acalorada?.... Pues no digo nada con los errores del copiante, la semejanza de las letras, la multitud de ejemplares en un pueblo que sin tribunal conserva cada uno el suyo, etc., etc.; con que tendremos en resumidas cuentas que un tunante que sepa leer el hebreo, abusando de la ignorancia ajena,

tiene en su mano tantas y talés guaridas, que solo Dios, y muy pocos entre los hombres, son capaces de cortarle la retirada. Es necesario, pues, ó abandonar á un escepticismo absoluto la creencia en que estriba nuestra Religion, ó admitir un juez que examine, discierna y apruebe los libros sagrados; un juez que examine, discierna y apruebe la autoridad de los originales ó traducciones necesarias para evitar este desórden, reprimir á estos farranduleros, y proteger á los verdaderos maestros de la ley. ¿Quién es?

Demos por decidida tambien esta cuestion. Conviene en la divinidad del libro, admite la fidelidad de la traduccion del texto, y concede desde luego la cita el contrario; pero se sale con que no la entiendo; con que los antecedentes y consiguientes, el contexto, la ocasion con que se dijo, otras mil circunstancias que nunca faltan al que tiene pasion y travesura, están cantando lo que él dice, y reprobando á voces el torniquete que yo doy á la letra. *Quid faciendum?*..... En un lenguaje profético, y por consiguiente aun en lo literal oscuro; en un lenguaje con muchos sentidos literales en un mismo texto; con cuatro sentidos por lo comun, ¿quién fija el sentido verdadero? La razon no alcanza: el capricho de cada uno es parte. Es pues necesario quien examine, discierna y apruebe los libros divinos lo primero: quien examine, discierna, y apruebe los ejemplares y traducciones, lo segundo: quien examine, discierna y apruebe los sentidos é interpretaciones, lo tercero. En menos palabras, un juez de la divinidad, canonicidad, autenticidad y sentido de la Escritura. *Quis putas est fidelis servus et prudens, quem constituit Dominus super familiam suam, ut det illis cibum in tempore?* Aquí es donde se tantea ya la calidad de cada uno. Confesar que hay libros divinos, levantarlos hasta las nubes, repetir *usque ad nauseam*, que debe haber quien los discierna, esponga, etc..... son fórmulas generales en que herejes y católicos convienen. ¿No ha visto vmd. cuando ha ido de camino, como van muchos reunidos, hablando, preguntando á cuantos pasan si van bien, conviniendo y ayudándose mutuamente en seguir las señas? ¿Quién juzgará por entonces que van á distintas partes? Nadie. Pero van llegan

do cada uno á la senda que necesitan, y haciendo un besamanos á los compañeros, se van desfilando cada cual segun lo pide el fin de la jornada. ¿No pasa así? Pues lo mismo sucede con las sectas y sus apasionados respectivos. Interin no lo pide su sistema, caminan acordes con el católico, confiesan, alaban, convienen, defienden con mas celo aún que él, al parecer, lo que ambos creen. Buscar aquí la diferencia, seria tanta locura, como caracterizar al hombre por lo que tiene de animal ó ente; y así no sé si reirme ó indignarme cuando veo á un sectario decir muy sobre sí: Yo soy tan católico como vmd..... Yo creo en Dios... en Jesucristo... confieso los artículos... recibo los sacramentos, etc... ¡Santo hombre! ¿Y quién niega eso? ¿á qué viene esa protestacion donde no se pide? Vamos á donde se separa la senda, y allí veremos si vamos ó no conformes hasta el fin. ¿Le censuran de ariano? Pues, dejando lo demás para cuando le tachen de impío, anatematice vmd. á Ario, reciba la palabra *consustancial*..... y estamos corrientes. ¿Le llaman nestoriano? Pues dejando las protestas de la divinidad del Verbo, que no son del caso, vamos *ad rem*: anatema á Nestorio: confesar dos *naturalezas* y una *persona* en Jesucristo; admitir lisa y llanamente la palabra *Theocon* en la Madre de Dios, y vamos camino adelante que todos somos unos y llevamos igual rumbo. ¿Te dicen jansenista? Pues ¿á qué hacer la apología de su persona, y el panegírico de los que llaman sus *secuaces*, y mil y mas protestas de que crees esto y lo de mas allá, y confiesas tanto y cuanto, y haces y vives de esta y la otra suerte?..... Todo eso es bueno. Pero para tocar el punto de la apología, falta lo mejor: canta la palinodia, admite lisa y llanamente los Formularios de la Iglesia, da pruebas positivas de que mienten. Porque negar con la boca la existencia de lo que jamás quisiste condenar con tus labios; quejarte de las calumnias contra unos hechos que, ó apruebas con la conducta, ó cuando menos no desapruebas positivamente como debieras ponerte de parte de quienes tiene condenados la Iglesia; no perder coyuntura de alabarlos ó defenderlos; deprimir perpetuamente á los contrarios, es, tomando senda distinta, probarnos que vas con nosotros desde Alcalá á Madrid,

porque viniste desde Zaragoza hasta allí sin separarte; es tratar de tonto y loco á todo el auditorio. Me he detenido en esto, amigo mio, porque además de venir á cuento, es de sumo interes para entender las apologías que ahora se acostumbran, como lo haré ver con el tiempo. Ahora apliquémosle al estado de nuestra cuestion. (*Vide S. Thomam 2, 2, question 1, artic. 10, lugar terminante.*)

Todos, católicos y herejes, convienen en que existen libros canónicos, y otros, que aunque se dicen tales, no lo son: que hay ejemplares auténticos y ejemplares corrompidos: que hay muchos sentidos, y uno solo es, en orden á cada cuestion, el que decide: que debe haber un juez que decida estos puntos, so pena de ser eternas é infructuosas las disputas. Hasta aquí caminan juntos. ¿Pero quién es este juez? — El mismo texto, al modo de un sol, se da á conocer y se explica por sí mismo, dice el luterano, y en seguida se hace lenguas en loor de la Escritura. — Pues señor, todas estas alabanzas son buenas, pero no del caso; y así reservándolas para su tiempo, ¿dígame si reduce á la Escritura entera y exclusivamente la palabra divina, deprimiendo á la tradicion otro tanto como alaba aquella? — Sí. — Pues no vamos acordés..... Buen viaje, y tome vmd. su senda. — Señor: que yo alabo y aprecio las Escrituras mas que vmd. — Pues por eso digo que no vamos acordés. — Porque yo la alabo por ser palabra de Dios; y siéndolo la tradicion, la alabo por lo mismo; y vmd. por el contrario la alaba por deshacerse de las tradiciones; y así mas bien vitupera á estas, que alaba á aquella. Vamos otra preguntilla. El sol es una cosa, la luz que despide otra, el sentido donde se recibe otra, y el alma que como juez aprende y juzga de la sensacion, otra distinta; y así es que en los parelios ó parelias<sup>1</sup>, donde aparecen dos ó tres soles, á pesar de que cada uno dice que es él, nuestro juicio examina y sentencia; lo que no haria, si el objeto fuera el supremo tribunal de las sen-

<sup>1</sup> Llámase así un meteoro que consiste en un sol aparente y espurio, que se manifiesta cerca del verdadero, por la reflexion de su luz en la nube, y sigue su movimiento.

saciones: con que *a pari*, además de la luz que puede dar el texto sagrado ¿reconoce vmd. otro juez vivo y supremo, establecido por Dios para centro de unidad en la doctrina; á quien debemos someternos todos, y en quien residen las luces que juzgábamos necesarias poco há? ¿ó no le reconoce? ¿No? Pues no vamos acordés: buen viaje, amigo, y allá se las apañe con su senda. — Señor, que yo honro y ensalzo la claridad del texto. — Pues ahí, ahí es donde está la divergencia. No negamos nosotros que el texto habla, y se explica, y da luz para ser entendido; porque siendo palabra, por fuerza ha de hacer todos esos oficios; cuanto mas siendo palabra de Dios. Tampoco le quitamos aquellos caractéres de divinidad que lleva sobre sí, y lo dan á conocer. Lo que negamos es que basten estos á discernirle, interpretarle, etc. en medio de tantas dificultades, de suerte que esté de mas el juicio supremo de la Iglesia. Y así todo ese respeto al texto no es una veneracion á él, sino un odio y enemiga contra aquella. Sino díganme vmds., si tan claro es el texto, ¿de dónde nacen tantas peleas, no solo entre los discípulos, sino aun entre los maestros mismos de la reforma? ¿Cómo fueron tantas las disensiones y variaciones, que á pocos años, pudo ya Bossuet formar una historia de ellas? ¿Porqué el mismo sentido no terminó ya estas disputas, al modo que la luz del sol hace confesar sin cuestiones ni disputas, unánimemente su existencia? — Es que las pasiones, la prevención de los ánimos, las diversas disposiciones de los lectores impiden los efectos de aquella obediencia, sin que debamos por eso negarla, me dirán. ¡Ola! ¿con que á pesar de la evidencia del texto, tenemos que contar con estos trabajillos? Y para vencerlos, y dar su lugar á la verdad, ¿les parece á vmds. que basta lo luminoso, claro, evidente, cuanto vmds. quieran del texto? Palpable está el derecho muchas veces; pero dejémosle solo con las partes, y verán cuántos pleitos se terminan. Señores míos, la necesidad del tribunal no nace de la ley, sino de las limitadas luces, ó siniestras intenciones de aquellos á quienes dirige; y por esto, haciendo á la Escritura tanto, y mas honor que vmds., los católicos no la deprimen en un punto, cuando reconocen el medio único

de sacarla de los caprichos y sueños de los hombres. Estrechado de estas razones : no, dice otro ; el texto, la luz natural, el talento de cada hombre no puede ser el juez ; pero tiene cada fiel allá dentro cierto *espíritu privado*, cierta luz, una asistencia, que á manera de *instinto* sobrenatural, le hace discernir todos éstos puntos, y resolver estas cuestiones. — ¡Otra tal que bien baila ! ¿No ve vmd., seo guapo, que admitido este juez, tendremos á cada paso la de Sedecias, hijo de Canaana, con Micheas : *Per quam viam transiuit spiritus Domini a me, ut loqueretur tibi?* (II Par. xviii, 23). No faltarán pescozones, si se establece el tal sistema. Iluminados de Dios, y mas que nosotros, eran aquellos fieles de Corinto, en quienes apenas habia gracia *gratis* data que no resplandeciese. ¿Y les enseña, ó concede el espíritu privado san Pablo ? ¿No les reprende, porque cada uno tiene su salmo, su doctrina, su apocalipsi, su lengua, su interpretacion ? ¿No establece en toda su carta la distincion de grados que formaban la jerarquía, en medio de la abundancia con que resplandecia por entonces el espíritu profético ? No niega á las mujeres la facultad de enseñar, siendo muchas de ellas mas santas que los hombres ? (I Cor. xiv.) Señores, no embrollemos ? cada fiel cristiano juzga echando mano al catecismo que recibió de la Iglesia : su espíritu de discrecion es su espíritu de docilidad y obediencia á esta columna y firmamento de la verdad ; quitar este centro, es convertir el santuario en una gavia de cuákaros, ó danzantes de San Medardo ; y baste de este punto, porque hay muchos que correr todavía.

Disputamos en materias religiosas : ¿quién decide?... porque sin ventilar antes este punto, yo me guardaré de entrar en disputas, y gastar saliva en vano. ¿Quién asegura á la Escritura, y suple lo que ella no dice ? ¿La tradicion?... ¡Cuántas con el nombre de tradicion se han solapado mas falsas que el alma de Judas ! ¿Quién las discierne de las verdaderas ? ¿Quién las busca y halla al través de tantos siglos ? ¿Quién las expone, explica y fija en medio de la oscuridad que persigue á todas las cosas humanas, y en especial á la historia, y á los oidos por donde la tradicion se comunica ? La Iglesia, dice sin

tropezar don Roque. — Lo mismo digo yo, señor doctor. Pero es el caso, que segun noticias hay muchas de este nombre : cada uno dirá que es la suya. Como no puede ser mas de una, negará á renglon seguido las demás. En disputar sobre cuál es la verdadera, armamos una de *populo barbaro*, y tenemos el entremés de antaño con los *circulos estrechos*, y *pestes*, y demás bromas de este órden. — Eso no, amigo, replica ; tiene sus *notas*, lleva sobre sí caractéres tan inimitables, que sin círculos viciosos, ni enredos, el hombre mas incrédulo, aun el gentil, con tal que traiga ojos en la cara, y no traiga antojos en el corazon, subirá de grada en grada hasta llegar á la católica, apostólica, romana. Y despues tirando las muletas, que necesitaba su debilidad, se tendrá sobre su pié, fortalecido por la misma fe en esta Iglesia. En una palabra, quitada la armazon de los motivos de credibilidad, verá á esta bóveda celestial sostenerse por sí misma, y lleno de una santa admiracion, dirá como los Samaritanos á su paisana : Ya no creemos, porque tú nos lo has dicho, sino porque lo hemos visto : porque su voz nos ha enseñado ; su dedo nos ha manifestado ; sus sacramentos nos han infundido aquel vigor que necesitábamos para ver el sol que nos alumbra, y hermosea á esta ciudad santa del Señor. — Corrientes : ha hablado vmd. como era de esperar de su catolicismo. Pero vamos adelante. — La Iglesia es un árbol místico, y hay cierta especie de gusanos, que mezclados con la savia, suben por sus venas, y ahovan en su corteza, y hacen una riza mas que mediana. Es un cuerpo, y de algun tiempo acá anda una calenturilla lenta..... tan solapada..... Un *tifus*, que á la sordina hace su negocio, y nos tiene con cuidado, mas aun que los males anteriores. — ¡*Tifus!* oigo decir á vmd. ; ¡ mire vmd. que es trabajo este ! — Pues no hay que dudarle, señor don Simplicio, y él ha de salir aquí, ó poco hemos de poder los dos ; y don Roque encima. Porque eso de llamar tontos y locos, y metidos en *circulo angosto*, y *apestados* á dos honrados Manchegos como nosotros... par diez que no se ha de quedar así. El *circulo angosto* se ha de deslindar, y la locura y peste se han de averiguar ; y sino, ha de andar una de san Quintin. Con que así dígame por su vida, aunque esté

cien leguas de aquí el señor don Roque, ó don Peca-  
do.... En esta Iglesia católica, apostólica, romana, somos  
(*ad minus quo ad loquelam*) mucha gente: los hay bue-  
nos y santos, como sus mercedes, y publicanos y peca-  
dores como nosotros: *hay nos stulti propter Christum y*  
*vos prudentes in Christo*; hay quien piensa así y quien  
piensa asá en materias delicadas. Y no es esto lo peor,  
sino que muchos, muchos hablan como unos ángeles:  
¿Crear los dogmas? A pié juntillas. ¿Respeto al derecho  
divino? Profundísimo. ¿Confesion de la potestad, pri-  
mado, jerarquía de la Iglesia? *Usque ad nauseam*. Pero  
venimos al caso en cuestion, y uno dice: *Este es dogma*.  
Y salta el otro: ni lo cata siquiera. Uno clama: *De dere-  
cho divino*; y otro dice: *Naranjas*. Este es derecho, y  
aquel *¡vea vmd. lo que hace el fanatismo!* un hecho como  
*una casa*. De suerte que como á pesar del bautismo, y aun  
de las órdenes, somos hombres, y hombres de carne y  
hueso con sus pasionzuelas cada uno, anda esto dema-  
siado turbio muchas veces. ¿Quién pone paz aquí?  
¿Quién decide? ¿Quién sentencia? ¿Quién coge á la es-  
clava, y poniéndola su pellejito al hombro, la planta de  
patitas en la calle, para que con su niño de la mano vaya  
bendita de Dios, y deje en paz á Sara con su Isaac?  
Esto es lo que yo quiero saber de mi señor Leal de Cas-  
tro. Porque eso de palabras, confesiones *usque ad nau-  
seam*, etc., no vale dos cuartos. Hay hombres que á de-  
jarlos hablar, no los ahorcarán nunca: tal es su labia y  
su *tulia*. Vamos, mi alma, ¿á donde hemos de ir á parar,  
si entrados en cuestion se nos calienta la de sin hueso,  
y empezamos á hacer uno el eco del otro, y devolverle  
los apodos? ¿Quién, dejándose de palabras, *que ad rem*  
*non pertinent*, ha de imponer silencio *utrique parti* con  
un *doctrina catholica*, ó *herética*, *malsonante*, *piarum au-  
rium offensiva*, etc.? ¿Quién pregunta eso, dirá muy sobre  
sí su señoría? ¿Y á quién se lo pregunta vmd.? ¿Soy por  
ventura yo algun hereje ó impío, para venirme con esas  
preguntas? — No lo digo yo por tanto, señor mio; y  
hasta ahora, si no me engaño, no tiene porque ofenderse  
de las respuestas que he puesto en sus labios. Cuando  
menos es vmd. acreedor á la fraterna de Jehú á Josafat,  
cuya piedad está mas canonizada que la suya: *Impiis*

*probes auxilium, et his qui oderunt Dominum amicitia*  
*conjungaris* (*II Paralip.*, xix, 2). Pero yo no quiero me-  
terme en eso por ahora. Pregunto á vmd. lo que el ca-  
técisino nos pregunta á todos, y á lo que sin ofendernos,  
antes gloriándonos de ello, debemos todos responder:  
*Qui Ecclesiam non audierit, sit tibi sicut ethnicus et publi-  
canus*. ¿No es esta la respuesta? Pues mire vmd., aquí  
tropieza el carro cabalmente. Y para que lo vea con mas  
claridad, renovemos una parábola de Jesucristo, que viene  
como de molde para el caso. Andaban los fariseos ten-  
tándole la ropa, y averiguándole qué potestad era la  
suya, y quién se la habia dado, ni mas ni menos que ve-  
mos en el dia. Y despues de otras razones, ¿qué os pa-  
rece, les pregunta en el cap. 21 de san Mateo, (v. 28)?  
Un hombre tenia dos hijos, se acercó al primero, y le  
dijo: Ve hoy á trabajar á mi viña; y respondió: *no quie-  
ro*; mas arrepentido despues, fué é hizo lo que su padre le  
habia mandado. Viendo la répulsa del primero, fué al  
otro, le hizo la misma propuesta; y él muy pronto y  
obediente, dijo: *voy inmediatamente, et non iuit*; y se  
quedo sin ir. *¿Quis ex duobus fecit voluntatem patris?*  
Vea vmd. un caso idéntico. Hay muchos que metidos en  
disputa echan y derriban sobre los *abusos, potestad de la*  
*Iglesia*, etc. ¡pero lo mismo es ver una decretal, un cá-  
non, una orden del superior, que *penitentia motus*, hacen  
lo que se les manda y obedecen. Otros por el contrario,  
celebran, aplauden, ponderan á la Iglesia, etc.... *Vado*....  
Pero vamos á la práctica.... *et non iuit*. Y aun si se que-  
dára en esto, podria pasar; pero hay mas aún, y mas  
sabroso. Oyen á la Iglesia, defienden á capa y espada que  
se la debe oír. Pero ¿dónde tiene la boca? ¿Cuál es la  
lengua de esta Iglesia? ¿El Pontífice? — *Tolle, tolle*:  
quite vmd. allá. Yerra *ex cathedra*, por mas repulgos y  
puntales que le pongan sus idólatras y fanáticos defen-  
sores: *Si hunc dimittis, non es amicus Cesaris*. — ¿Cuál es  
la lengua de esa Iglesia? ¿Los concilios? — ¡Cuerpo de  
Cristo! ¿Quién ignora su multitud, los desórdenes de mu-  
chos, las maquinaciones que nos transmitieron los *suaves*  
*Frapaolos*, etc.... *Tolle, tolle*, son cabalas del Papa. —  
¿Cuál es la lengua de esa Iglesia? Porque ¿de qué sirven  
los oídos, si ignoramos á quien hemos de oír? ¿Son los

padres? — Esos, dicen, vivieron en el tiempo de Maricastaña. Fulano enseñó esto, zutano lo otro, el de mas allá no tiene crítica, uno cuenta fábulas, otro sigue las decretales falsas..... *Tolle, tolle*..... abajo con ellos. — ¿Son los santos? ¡Sí!.... hechuras de Roma, y héroes del fanatismo todos ellos; afuera, afuera tambien. — ¿Puede ser que.... ¿los teólogos escolásticos? ¡santa Bárbara bendita! ¡qué polvareda!... ¡Qué gresca! — Ergotistas, fanáticos, preocupados, engañadores, farándula, distinciones, adverbios, barbárie, gerga y mas gerga.... Vengan acá para quemarlos todos ellos. — ¡Nunca los hubiera yo mentado!.... El lance es que si saco los canonistas, con las falsas decretales tenemos otro tanto los historiadores como Baronio, Orsi, Berault, etc., no digo nada.... ¿Qué haremos pues, don Simplicio de mi alma? Nosotros que estudiamos, y leímos, y creímos siempre estos oráculos, *quo ibimus?*.... Cátenos vmd. con toda nuestra pandilla metidos en el *círculo angosto*; teniéndonos por sanos; calumniando, persiguiendo, disparatando de firme; aunque abramos la boca para bostezar. ¡Y que pudiendo Dios ahorrarnos estos apuros, se divierta en capuzarnos de esta suerte! Pudo hablar tan claro, que el sol se quedara detrás; y cabalmente habla á un pueblo tan zarandeado, en una lengua tan enredosa, en un estilo tan complicado, que como hemos visto, apenas tiene salida el negocio de los libros santos. Estampó eterna é indeleblemente hasta en los seres inanimados sus órdenes; y despues de tantos años, ninguno equivoca un solo punto de su regla: nos da tradiciones, y las envuelve en tanto tropiezo, en tales peligros, que *¿quis inveniet?* Establece para depositaria y maestra de unas y otras una Iglesia; y salen tantas, fingen y embrollan en tales términos, que en qué nos vemos de discernirla. Encierra dentro de la católica, apostólica, romana, á toda su grey legítima; pero con tanta paja, tanto animal inundo, tanta cizaña en lo moral, y aun ocultamente en lo dogmático, que en sus clases, en los grados mas altos de su jerarquía, en sus concilios, en sus doctores mas eminentes se dejan ver mil efectos de la debilidad humana, á donde se asen los enemigos para embrollarlo todo, y que apenas pueden mirar y oír sin

escándalo los hijos mas afectos á esta santa Madre. *Obsecro, mi Domine, si Dominus nobiscum est, cur apprehenderunt nos hæc omnia (Judic. VI, 13)?* ¿Qué conducta? ¿qué táctica? ¿qué nudo gordiano es éste, amigo mio?

¡Ojalá tuvieran mis oraciones la eficacia de las de Eliseo para abrir los ojos de tantos Giezis aturridos, espantados, rendidos el dia de hoy á los piés de una miserable araña, que sin mas caudal que unas redes febles, sacadas de su corazon corrompido, é hiladas por una boca mas corrompida aún que él, no pudieran prendernos, si no nos acercáramos á ellas. Batid, Dios mio, las cataratas de estos ciegos voluntarios, y que en medio de las tinieblas que los escandalizan, vean de lleno vuestra luz resplandeciente. Porque, ¿quién, sino él, pudo conservar hasta nosotros integros esos libros cuyas dificultades espantan; y cuya conservacion no admira al que buscando el veneno deja la miel, que recrea á los escogidos? ¿Quién, sino el dueño de los tiempos, pudo transmitir hasta nosotros la voz suya y de sus Apóstoles, sin que tantas manos y tantos errores hayan podido inficionarla? Las persecuciones, las heregias, los cismas, ¿qué son á los ojos del verdadero sábio sino otros tantos trofeos que la malicia humana proporcionó á la obra de Dios realzando su mérito, cuando pensaba confundirla? ¿Dónde está aquel arrianismo tan protegido de los príncipes? ¿Dónde las escuelas de Novato, de Pelagio, etc., etc.? ¿Qué mano sepultó los concilios de Rimini, y dejó correr los de Nicea, Efeso, etc.? Reflexionémoslo bien, amigo mio, y veremos tres verdades importantes. Primera: á un Dios que desafiando los tiempos y la malicia del infierno, conduce de siglo en siglo su obra, cansando y burlando sus enemigos. Segunda: un Dios que dejando brotar las imperfecciones y aun delitos que nos escandalizan, respeta los derechos de nuestra libertad por una parte, y edifica sobre sus extravíos por otra el convencimiento de que un nuevo estado debe ser en el que está Iglesia toque su verdadero complemento. Tercera: un Dios justiciero, que en castigo de sus pecados, abandona á su réprobo sentir á los hijos de la difidencia, les permite enredarse en los sofismas que su malicia fabricó para sí misma; y sacando bien hasta del mal se

vale de su soberbia como de un viento con que avienta, de un fuego con que acrisola, de un martillo con que labra las piedras que han de ser colocadas en su ciudad santa. Cuando miro con estos ojos este y otros escritos de la misma clase, confieso á vmd., amigo mio, que tiemblo y pido al Señor me tenga de su mano. ¡Un escritor que ve realizados los pronósticos que combatió gloriosamente en otro tiempo <sup>1</sup>, cuando debia coger el fruto, y gozarse en las satisfacciones de la victoria, ponerse de parte del enemigo.... tomar su lenguaje.... edificar lo que antes destruia, y celebrar lo que antes impugnaba!... Un escritor que ve realizarse á sus ojos proyectos de que antes pudo racionalmente dudarse; que toca con la mano el fin de unos temores, que hasta ahora pudieran pasar por avanzados; que ve á su lado las huestes del error, avanzando hasta lo mas interior del santuario... burlarse de la credulidad, censurarla de fanatismo reirse del temor de los buenos, santificar á sus contrarios, blanquear las negras paredes que levantan estos, endurecerse en medio del fuego, y cegarse con la luz de una experiencia capaz de desengañar á los mismos que la intentaron y consiguen! Un autor <sup>2</sup>..... Pero ¿á dónde voy á parar yo, amigo mio? Compadezcámosle y escarmentemos en él. ¡Oh! ¡que es espantosa la mano del Señor! ¡Fanáticos! ¡preocupados!.... Y ¿es este, señor don Roque, el dictado que corresponde á quienes se aplica? ¿Ignora vmd. que hace años forman ambos á dos la divisa de cuantos no doblan la rodilla ante Baal? ¿Vmd. mismo no sufrió algun dia este dictado, y aun se glorió de él? ¿Qué nueva idea, pues, ha sucedido á estas voces? ¿Qué significan el año 20 del siglo XIX? Yo acá con mis cortas luces entiendo que *fanatismo* quiere decir furor, locura, estar fuera de sí, dejarse arrebatar ciega é impetuosamente de sus caprichos ó pasiones, etc.; me presumo además que viene de *phanum*, nombre que los gentiles daban á sus

<sup>1</sup> Alude á los primeros folletos de don Joaquin Lorenzo Villanueva.

<sup>2</sup> Esto hace alusion á los que dió á luz el mismo Villanueva desde las córtes de Cádiz hasta el año de 23, por lo que justamente se le reconoce por el *si* y el *no*.

templos; y tocando por el hilo el ovillo, infiero que esta voz expresa particularmente aquel furor ó arrebatado, de que se decian poseidos los oráculos que residian en los templos, y de que hablaba Ciceron en el libro 2º de *Divinatione*, cuando decia: «*Quid habet auctoritatis furor iste quem divinum vocatis, ut quae sapiens non videat, insanus ea videat, et is qui humanos sensus amiserit divinos assecutus sit?*» Es pues fanatismo, furor, locura, enajenamiento, éxtasis, arrobamiento ó raptó religioso, en el que dispuestos los sentidos propios, y revestido á su entender de los divinos, el oráculo ó pitonisa hablaba, se conmovia, obraba sin saber lo que se hacia, procediendo con tanta mas osadía, cuanto que sus acciones eran autorizadas con la razon poderosa de que la divinidad era quien las dirigia. ¿Es esta la idea, señores repartidores de apodos? Síno, explíquenla vmds. y vamos entendiéndonos, que esto es á lo que únicamente se tira.

Deslindando pues ahora lo verdadero de lo falso, encuentro en el angélico maestro (2, 2, *quest.* 175) donde en seis artículos discute la naturaleza del *raptó*, con aquella escrupulosidad y finura que acostumbra; encuentro, digo, que el *éxtasis* es un exceso de sí mismo, segun el cual, alguno es colocado fuera de su órden ó curso regular; *éxtasis importat simpliciter excessum a se ipso, secundum quem scilicet aliquis extra suam ordinationem ponitur* (art. 2 ad *prim.*). Mas el arrobamiento ó *raptó* añade sobre esto cierta violencia; *raptus supra hoc addit violentiam quamdam*. Y hé aquí el cabo de esta madeja tan enredada. El raptó se ejerce propiamente sobre el entendimiento (art. 2): se ejerce mediante cierta violencia, y por consiguiente requiere dos condiciones inherentes á toda violencia por punto general: 1º causa exterior que produzca el raptó; y 2º diversidad entre la inclinacion natural y la comunicada por esta causa al producir el raptó. De aquí, como de su propia fuente, manan dos clases de raptos; porque, ó su inclinacion tiene diverso término del natural, como si á una piedra la arrebatásemos hácia arriba; ó perseverando el término natural es diverso el modo, como si hiciéramos á la piedra bajar mas lijera sacándola de su paso, pero